



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

II.

Psicofisiología y sentido de la sexualidad  
humana. Estudio psicológico

A. POLAINO-LORENTE

La sexualidad humana viene estudiándose en las últimas décadas desde la óptica de la etología. Se argumenta —para hacer legítima la aproximación— que desde allí podemos obtener nuevas luces que harían un extraordinario servicio a la hora de dilucidar qué aspectos homólogos y/o diferenciales caracterizan a estas capacidades en unas y otras especies.

Obviamente el nuevo punto de vista puede contribuir —y de hecho viene contribuyendo no en pequeña medida— a la solución del problema; pero en ocasiones su contribución ha supuesto un flaco servicio al esclarecimiento. Más bien habría que afirmar que ha desempeñado un importante papel al servicio de la opacidad e intransparencia de la condición sexual en la especie humana.

A continuación me propongo examinar algunas de estas cuestiones tomando como base los estudios de biología comparada.

En la mayor parte de los animales, la ontogenia del comportamiento madura mucho antes, por lo general, que en la especie humana. Puede afirmarse que la puesta a punto de los patrones fijos de conducta en muchas especies animales, están ya presentes desde el momento del nacimiento.

Este acabamiento prematuro de ciertas estructuras neurofisiológicas, restará posibilidades en relación con las capacidades de remodelaje ejercidas desde los fac-

tores adaptativos del entorno. También el entorno suele ser en el animal menos rico y variado que en el hombre, limitando, en consecuencia el polimorfismo espectral de la conducta, tan variado, por otra parte, en el caso de la especie humana.

Tal perfeccionamiento de la embriología animal, que apenas sí descuida algo a la acción de los factores extraembrionarios, exige paralelamente una importante pérdida de libertad.

En el hombre, al ser el animal más inacabado en el momento de su nacimiento —menos predeterminado biológicamente— es mucho más maleable en su comportamiento futuro. Como la cera virgen, su conducta, tiene una gran diversidad de opciones configurativas y, en consecuencia, la variabilidad de alternativas —de grados de libertad, en definitiva— entre las que puede optar, resulta extraordinariamente amplificada.

Puede sostenerse, pues, que mientras las especies animales realizan unas adaptaciones ontogenéticas prematuras (*cainogénesis*), o mejor dicho, que vienen equipados con estos programas predeterminados desde antes de su llegada al mundo, en la especie humana sucede lo contrario.

De ahí la grandeza del hombre y también su indigencia, pues al estar más inacabado puede sufrir alteraciones muy diversas; incluso aquellas derivadas de sus elecciones erróneas, y que tal vez empujen a su conducta a marchar por algún sendero más bien patológico.

En cualquier caso, por todas estas razones considero que los estudios de antropología están justificados. Si el desarrollo embriológico humano se hiciese tan acabado como en el animal, la antropología no tendría sentido pues vendría a superponerse y hasta hacerse coincidente con el de la etología, a la vez que el hombre perdería la condición inalienable de la perfectibilidad de su ser.

Me he decidido a emplear el término de *antropobiología* mejor que el de *antropología* por dos dife-

rentes razones. En primer lugar, porque la antropología se ha transformado en la actualidad en un conjunto caleidoscópico de verdades a medias extraídas de disciplinas muy distintas, que no siempre alcanzan la virtud de solapar unas con otras haciéndolas de este modo convergentes en una síntesis unitaria y superior que las aglutina. Decir hoy antropología, es casi no decir nada. Casi se hace obligatorio acompañar dicho sustantivo con un apellido que le adjetive. Tantas amenazas de inflación tiene este término que casi se da la paradoja de que el adjetivo acompañante caracteriza la realidad sustantiva que le da peso y fundamento. Por eso he preferido el término de antropobiología. Y otra razón más: en la antropología de la sexualidad de que estoy tratando, me he fundamentado en las bases biológicas que de algún modo —sólo en un cierto sentido— son compartidas simultáneamente por el animal.

Esclarecido ya el porqué de la antropobiología, dediquemos ahora algunas de estas palabras introductorias acerca del sentido de la sexualidad.

La búsqueda de un sentido a la sexualidad humana la entiendo también como algo obligatorio. Como el lector podrá comprobar más adelante, las consideraciones estrictamente biológicas de estas cuestiones, además de ser irrenunciables, son al mismo tiempo insuficientes a la hora de encontrarles una explicación que sea convincente. La etología al llegar a este punto reconoce su incapacidad<sup>1</sup>: Acontece en el hombre que lo biológico rebasándose a sí mismo se torna transbiológico, e hinca sus raíces allá en el misterio; de ahí la forzosidad de invitación que no podemos rehusar y que nos obliga a tratar de esclarecerlo.

Como tendremos ocasión de demostrar, el «interés instintivo innato» de que hablan los etólogos no está

<sup>1</sup> EIBL-EIBESFELDT, I., *Etología. Introducción al estudio comparado del comportamiento*. Omega. Barcelona, 1974, páginas 230-258.

desarticulado, en el caso del hombre, de la racionalidad. Su «ceguera» en el animal, su determinación, viene a reasegurar el ejercicio y la operatividad unidireccional a la que propenden de un modo natural. Pero en el hombre este interés conductual opera de muy diferente forma.

En primer lugar, porque ese interés no es sinónimo de una directividad necesariamente programada hasta sus últimas consecuencias. La intencionalidad acompañante y las anteriores experiencias dibujan un nuevo horizonte, en el que el desplegamiento de la conducta generativa humana es completamente diferente.

De otra parte, la plasticidad y la variabilidad de esta conducta en el hombre, tampoco quedan explicadas de un modo satisfactorio por sólo los factores neurofisiológicos y hormonales, por muy complejos que éstos sean. El grado de complejidad creciente de las diferencias entre la especie humana y la animal tiene aquí una significación más próxima a lo cualitativo que a lo estrictamente cuantitativo. Además, esta capacidad es educable en el hombre, lo que viene a complicar todavía más los ya numerosos factores intervinientes a los que recurrimos cuando tratamos de hacerla explicable.

La conducta generativa humana traspasa las meras condiciones estructurales y fisiológicas, necesitando para su explicación el concurso de otras variables —familiares, culturales, sociales, etc.—, gracias a las que dicha capacidad se nos puede hacer comprensible.

Desconocer o pretender ignorar el sentido al que se ordena la sexualidad humana supone la instalación en el reduccionismo explicativo de la fisiología; un punto de vista que será todo lo positivo que se quiera, pero que en modo alguno es omniabarcante de la abundante riqueza que palpita soterrada en este misterio.

La pretensión de nivelar los instintos humanos y animales sólo puede ser fundamentada en criterios dudosos, ambiguos e indemostrados; criterios que si

se aceptan como verídicos, no sólo logran degradar al hombre, sino que, al mismo tiempo, contribuyen a hacer incomprensible a la misma realidad animal. Y es que algunos de estos criterios tienen su origen en meras interpretaciones subjetivistas, que subrepticamente logran interponerse entre el experimentador y la realidad. En algunos casos se ha llegado a tratar de entender —y aun a justificar— la conducta animal, según el conocimiento que de la conducta humana, a este respecto, se tiene. Para ello reviste, en una primera fase, el comportamiento animal de simbolismos humanos (fase de interpretación zoosimbólica).

Más tarde se traducen estos símbolos desde el conocimiento que tenemos de su modo de operar en la conducta humana (fase de descodificación-traducción antropológica). Por último, se establece una nivelación simbólica (tercera fase) entre ambas semánticas: se ha obtenido en apariencia el igualitarismo que se pretendía, y del que se partió apriorísticamente en el origen.

En otras ocasiones el proceso acontece de un modo inverso. Se observa la conducta humana (punto de partida), desnudándola de todo sentido e intencionalidad (reduccionismo positivista a meros *datos*), para luego trasladar estos datos —so pretexto de encontrarles un sentido— a las coordenadas zoológicas en las que se situó previamente el investigador.

En uno y otro caso se realiza una extrapolación no autorizada científicamente, y, por consiguiente, ilegítima.

La instintividad humana es cualitativamente diferente a la del animal, como intentaré probar en las líneas que siguen, y esto a pesar de que las apariencias y los torcidos intereses de algunos las presenten como similares. Ni siquiera las estructuras neurofisiológicas posibilitadoras de esas respectivas conductas tienen este carácter de similitud. En realidad, tampoco es menos cierto que la conducta humana puede ser reducida a un subproducto de dichas estructuras.

A continuación me propongo pasar revista, muy brevemente, a los factores biológicos intervinientes en la conducta sexual de unas y otras especies, para desde allí examinar los aspectos diferenciales desde los que se hace imposible continuar sosteniendo el término de instinto, al menos con la idéntica y omniabar-cante significación hasta ahora empleada para unos y otros.

Se trata de bucear en la biología comparada para desde allí poder matizar ciertos aspectos específicos, diferenciales y antropológicos. El orden seguido en el procedimiento es ascendente de abajo a arriba, de la biología a la psicología, de las ciencias experimentales a las especulativas, mientras serena y decididamente se evita la caída en cualquiera de los modos adscritos al mentalismo o al biologismo mecanicista.

### 1. *En torno al concepto de instinto sexual. Diferencias entre la sexualidad animal y la humana*

El concepto instinto sexual es acaso uno de los términos sobre el que más tinta se ha vertido —no siempre acertadamente— en el moderno campo de las ciencias del hombre. Para su esclarecimiento es necesario penetrar con anterioridad en el complejo haz de significaciones de la voz instinto.

El polisemantismo encerrado en dicha voz, ha obligado a una multitud de autores a adentrarse por entre los tortuosos caminos de las distinciones filológicas. Aunque sólo sea a título de introducir al lector en este arabesco del lenguaje veamos algunas de estas filigranas. En la lengua alemana se usan dos términos en apariencia afines, pero muy diversos entre sí, si nos atenemos a las realidades a que se refieren. Se ha reservado el concepto de pulsión (*Trieb*) para designar a aquellas necesidades de carácter fisiológico que tienden a ser satisfechas, mientras que el empleo de instinto (*Instinkt*) se recorta a la designación de la

realización de determinados actos, correspondiente a ciertas pulsiones, que sin ser de suyo conocidas, se realizan de espaldas a todo aprendizaje, que están presentes en el ser desde su nacimiento, inmersos en ciertas estructuras configurativas y unidireccionalmente determinados. Según esto, el concepto de pulsión, se correspondería más con el término inglés *trend*, término que el uso ha sancionado para designar aquella «condición que surge en el organismo basada en la privación o en el estímulo que comprende las necesidades de los tejidos, las condiciones hormonales y los estímulos específicos internos o externos (...), y que en sentido amplio designa cualquier motivo»<sup>2</sup>.

En la primitiva doctrina de los instintos, se partió del modelo de la necesidad. Instinto en aquél contexto, designó la tendencia o inclinación derivada de un modo inmediato de las necesidades esenciales del animal. Luego la neurofisiología lo traduciría como una simple «conducta refleja motivada», lo que expresado según el lenguaje conductista se transformaría más tarde en algo tan vago como los «patrones internos que predisponen a actuar naturalmente según determinadas direcciones».

Los conceptos se han ido multiplicando en la misma medida que sus autores alza primaban aquél o éste contenido. Con frecuencia hoy podemos leer en la literatura especializada términos —que pasan como sinónimos— como «necesidad vital», «tendencia natural», «impulso específico», «conducta refleja», «impulsos», «inclinación», etc. En otras ocasiones se emplean términos procedentes de épocas más tradicionales. En el caso de los conceptos de «apetitos», «capacidades» o «facultades».

Desde el punto de vista doctrinal, la teoría de los instintos ha pasado por muy distintas hipótesis, algunas de ellas ostensiblemente irreconciliables. William

<sup>2</sup> HILGARD, E. R., *Introducción a la Psicología*, Madrid, Morata, 1966.

James<sup>3</sup>, puede decirse que fue uno de los primeros en formular una hipótesis de los instintos desde el horizonte de la fisiología. El instinto, es aquella «facultad de actuar de manera que se alcancen ciertos fines, sin tener previsión de éstos y sin una educación anticipada acerca de la acción correspondiente (...) Los instintos son los correlatos funcionales de la estructura. A cada órgano, acompaña casi siempre, cabría decir, una *aptitud innata* para su uso (...) Las acciones que llamamos instintivas se conforman todas según el *tipo general del reflejo*; son *provocadas por determinados estímulos* sensoriales que se ponen en contacto con el cuerpo del animal, o que se encuentran a cierta distancia en su medio»<sup>4</sup>.

Cuatro años más tarde, otro autor —Lloyd Morgan— haciéndose eco de las hipótesis de James, y de los supuestos del darwinismo, publicaba su libro de psicología comparada, en el que propugnaba otra definición de instinto. El comportamiento instintivo es «el que comprende esos grupos complejos de actos coordinados que, *aun cuando contribuyen a la experiencia, al ocurrir por primera vez, no están determinados por la experiencia individual*: son *adaptativos* y tienden al *bienestar* del individuo y a la *conservación de la especie*; resultan de la cooperación de *estímulos internos y externos*; son *practicados de manera similar por todos los miembros de un determinado y más o menos restringido grupo de animales*; pero están sujetos a variación y a la subsiguiente modificación bajo la guía de la experiencia individual»<sup>5</sup>.

Unos años más tarde, Hobbhouse, continuando el tesis del autor anterior, amplía extraordinariamente el concepto de los instintos. Las principales discrepan-

<sup>3</sup> JAMES, W., *Principles of Psychology*, MacMillan, 1890.

<sup>4</sup> *Ibidem*. El subrayado del texto es nuestro. También en las citas que aparezcan a continuación, y a las que posteriormente nos referiremos.

<sup>5</sup> MORGAN, C. Lloyd, *Introduction to Comparative Psychology*, London, 1904.

cias sostenidas en relación a las hipótesis de Morgan, pueden resumirse así: «que el instinto *no siempre es perfecto* en su funcionamiento; que no procede según un *modelo inmutable*; que a menudo está *incompleto al nacer*, y exige un *desarrollo*; y que *entre los animales superiores está de tal manera entretelado con la inteligencia que se hace extraordinariamente difícil separar ambos factores*»<sup>6</sup>.

En este breve repaso histórico, es con toda seguridad McDougall, el autor que más se aproximó —también el que probablemente contribuyó más intensamente— a las actuales teorías acerca de la instintividad.

El instinto —escribe en 1948—, «es una *disposición psicofísica heredada o innata* que determina a su poseedor a *percibir y a prestar atención* a objetos de una cierta clase, a experimentar una *excitación emocional* de una calidad peculiar al percibir tales objetos y a obrar respecto a ellos de una manera particular, o por lo menos, a experimentar el impulso de tal acción (...) El instinto es una *concepción general a la que nos vemos conducidos en nuestros esfuerzos por interpretar, mediante un principio común, las diversas formas de actividad no aprendidas desplegadas por el hombre y los animales*»<sup>7</sup>.

Ronald Fletcher, que ha consagrado un libro —considerado clásico— sobre estos problemas, resume en los siguientes apartados las aportaciones de McDougall sobre los instintos: a) Es heredado, y no aprendido. b) Es común a todos los miembros de una especie (podríamos agregar «del mismo sexo»). c) Persiste durante todo el transcurso de la vida del individuo. d) Implica una cierta tensión o disposición interior, que tiene una base fisiológica pero que se experimenta también como una tensión. e) Implica una percepción

<sup>6</sup> HOBHOUSE, L. T., *Development and Purpose*, Londres, 1927.

<sup>7</sup> MCDUGALL, W., *An introduction to Social Psychology*, Methuen, 1948.

particular que de alguna manera es apropiada o significativa respecto a esta tensión y que orienta la atención al particular objeto percibido. f) Implica una particular excitación emocional relativa a este objeto percibido. g) Implica un impulso sentido a actuar de una particular manera en relación con este objeto percibido. h) Muy probablemente conduce a la ejecución de una acción particular apropiada»<sup>8</sup>.

Hasta aquí las principales teorías acerca de los instintos, tal y como han llegado hasta nosotros. Entiéndase que sólo se han expuesto algunas de las más conocidas, y que esta selección se ha hecho ateniéndose al enfoque neurobiológico clásico. La ausencia de las hipótesis conductistas —que aquí en absoluto aparecen— ha sido buscada de propósito, dada su adscripción a otro sector de la psicología mucho más reciente, cuya exposición excede ampliamente el espacio y la extensión de que disponemos. Lo mismo acontece con las hipótesis psicoanalíticas de las que, sin embargo, nos ocuparemos más adelante al tratar de la personalidad y sus relaciones con los instintos.

Puede afirmarse que en la primitiva doctrina de los instintos, éstos se entendieron como un modo similar a todos los miembros de una especie (aquí entraría también la especie humana), perseguidora de un cierto fin, y que siempre eran llevados a cabo de idéntica forma, sin modificarse ésta ni por la experiencia ni por el aprendizaje.

De este modo, las diferencias entre la instintividad humana y animal serían sólo diferencias minimizadas interespecies y no diferencias cualitativas intraespecie, es decir, personales.

No obstante, el estudio atento de la sexualidad animal y humana, cuando se hace de un modo comparativo entre los elementos, previamente atomizados, que intervienen en ellas, señala una extraordinaria diferenciación. Veamos algunas de estas diferencias.

<sup>8</sup> FLETCHER, R., *El instinto en el hombre*, Paidós, 1962.

### A. Diferencias neurobiológicas

a) *Hormonales*. En los animales mamíferos, el ciclo vital sexual está regulado por las hormonas gonadotrópicas de la adenohipófisis<sup>9</sup>, que en el macho estimulan la secreción de andrógenos y la producción de espermios, y en las hembras, la secreción de estrógenos y el desarrollo de los ovarios. Los ciclos estacionales coinciden con los ciclos vitales en muchas especies. Es el caso, por ejemplo, del ciervo, de la marta, del perro y de ciertos pájaros. Tal coincidencia está fundamentada sobre la regulación hormonal, que como demostraron, entre otros, Kirkpatrick y Leopald<sup>10</sup> y Farner<sup>11</sup>, dependen a su vez de condiciones externas, muy concretas, como la luz y la temperatura.

En muchas de estas especies, el ciclo hormonal y el menstrual se corresponden. Pero hay otras especies animales —el gato y el conejo, por ejemplo— en que los mecanismos precisos para que la reproducción se produzca están fijados todavía con mayor exactitud. En estos casos, la ovulación no se produce sino una vez que se ha producido la cópula. Como consecuencia de ésta, se libera una descarga de hormona luteinizante (LH) en el lóbulo anterior de la hipófisis, que pone en marcha todo el proceso de la ovulación. He aquí un modo de determinismo hormonal llevado a su cota más alta.

La especie humana no tiene un sistema hormonal tan estrictamente determinado en su funcionamiento.

<sup>9</sup> BEACH, F. A., *Hormones and behavior*, New York, Grune & Stratton, 1946, pp. 390-393.

<sup>10</sup> KIRKPATRICK, C. M., y LEOPALD, A. C., «Photoperiodicity in animals: The role of darkness», *Science* 117, 1953, páginas 389-391.

<sup>11</sup> FARNER, D. S., y cols., «The roles of darkness and light in the activation of avian gonads», *Science* 118, 1961, pp. 351-352; «Comparative physiology: Photo periodicity», *Annu. Rev. Physiol.* 23, 1961, pp. 71-96.

Su margen de indeterminación es cubierto precisamente por la libertad.

La dependencia instintiva de los ciclos biológicos se acentúa todavía más en otras especies, como las ratas hembras, en las que su receptividad para la cópula es brevísima —unas seis horas—, coincidiendo con el período de máxima producción estrogénica por el óvulo. Algo parecido acontece en la conducta de los monos y los chimpancés. El hombre, por el contrario, ha sido dispensado en buena parte de estas servidumbres, pudiendo manifestarse con una relativa independencia de los ciclos fisiológicos.

Por otra parte, la dependencia establecida entre los estímulos físicos ambientales y la conducta reproductiva en las especies animales ha recibido suficiente confirmación en numerosas investigaciones<sup>12</sup>. Por el contrario, también en este punto la especie humana goza de independencia.

b) *Nerviosas*. La conducta reproductora a la que tiende la actividad sexual animal puede considerarse como la resultante de un encuentro entre los estímulos sensoriales intercambiados entre el macho y la hembra.

Dichas interrelaciones exigen la integridad del sistema nervioso en que se sustentan. De aquí que los factores neuronales entren a formar parte importante en estas conductas.

En un primer escalón, interviene un torrente de estímulos olfativos, visuales, auditivos y táctiles, que

<sup>12</sup> Confrontar a este respecto, por ejemplo:

LEHRMAN, D. S., *Hormonal responses to external stimuli in birds*. *Ibis*, 101, 1959, 478-496.

BRUCE, H. M., y PARROT, D. M., «Rele of olfactory sense in pregnancy block by strange males», *Science*, 131, 1960, 1526.

ELEFTHERION, B. E., y BRONSON, F. H., «Interaction of olfactory and other environmental stimuli on implantation in the deer mouse», *Science*, 137, 1962, 764.

tendrán mayor o menor importancia según las características de la especie de que se trata. Hay especies en que sólo interviene uno de estos sentidos. Es el caso, por ejemplo, de la rata, que privada del sentido visual es incapaz del apareamiento<sup>13</sup>.

La *médula espinal* juega un importante papel en el comportamiento sexual animal y humano, siendo la responsable de algunos reflejos intervinientes en dicha actividad.

Una mayor importancia parece tener el hipotálamo en el desencadenamiento y regulación de la conducta sexual. Desde Bromiley y Bard<sup>14</sup> sabemos que las respuestas de celo desaparecen al practicar la descerebración a nivel de la salida del cuerpo trapezoide. De todas formas, no se conocen bien en la actualidad las funciones desempeñadas por las distintas regiones hipotalámicas.

En el cobaya, las lesiones a nivel de la porción ventral del hipotálamo anterior (entre el quisma y el tallo de la hipófisis) anulan completamente la actividad sexual<sup>15</sup>. Igual acontece a dicha especie cuando se lesiona electrolíticamente la región hipotalámica posterior<sup>16</sup>.

La amígdala, sobre todo en su región lateral, parece intervenir con mecanismos inhibitorios. Cuando se lesiona, se origina una conducta hipersexual, si el ani-

<sup>13</sup> BEACH, F. A., «Analysis of the stimuli adequate to elicit mating behavior in the sexually inexperienced male rat», *J. Comp. Psychol.*, 33, 1942, 163-207.

<sup>14</sup> BROMILEY, R. B., y BARD, P., «A study of the effect of estrin on the responses to genital stimulation shown by decapitate and decerebrate female cats», *Amer. J. Physiol.*, 129, 1940, 318-319.

<sup>15</sup> DEY, F. L., y cols., «The effect of hypophyseal lesions on mating behavior in female guinea pigs», *Endocrinology*, 30, 1942, 323-326.

<sup>16</sup> PHOENIX, C. H., «Hypothalamic regulation of sexual behavior in male guinea pigs», *J. Comp. Physiol. Psychol.*, 54, 1961, 72-77.

mal tiene la suficiente maduración neuroendocrina<sup>17</sup>. Algo parecido acontece cuando se lesiona el hipocampo<sup>18</sup>.

Y, sin embargo, una porción tan importante como la corteza cerebral no parece tener esta significación en la conducta animal. Después de la hemidecortización unilateral o de la ablación completa de cualquiera de los lóbulos del córtex, la conducta sexual permanece en la hembra. No sucede así en el macho si el área destruida es superior a los dos tercios del córtex; en este caso, aparecen algunas alteraciones que afectan, sobre todo, a los factores motores que en ella intervienen<sup>19</sup>.

Por el contrario, a medida que ascendemos en la escala filogenética, las alteraciones aparecen de un modo más interno, teniendo su representación más profunda en el hombre. Esto puede considerarse como indicativo de las dos afirmaciones siguientes:

1. Que la sexualidad humana es mucho más compleja que la del animal, por lo que no cabe establecer equivalencia entre ambas.
2. Que en la sexualidad humana intervienen factores cognoscitivos de los que no podemos entendernos, que más tarde estudiaremos.

<sup>17</sup> WOOD, C. D., «Behavioral changes following discrete lesions of temporal lobe structures», *Neurology*, 8, 1958, 215-220.

KLING, A., «Amygdalectomy in the kitten», *Science*, 137, 1962, 429-430.

<sup>18</sup> KIM, C., «Sexual activity of male rats following ablation of hippocampus», *J. Comp. Physiol. Psychol.*, 53, 1960, 553-557.

<sup>19</sup> BEACH, F. A., «Effects of injury to the cerebral cortex upon sexuallyreceptive behavior in the female rat», *Psychosom. Med.*, 6, 1944, 40-55.

«A review of physiological and psychological studies of sexual behavior in mammals». *Physiol. Rev.*, 27, 1947, 240-307.

c) *Perceptivas y sensoriales*. También al ser distinto el modo de percibir del hombre y del animal, es lógico suponer que la conducta sexual consecutiva a estas percepciones sea también diferente. Las investigaciones de J. von Uexküll<sup>20</sup>, demostraron hasta la saciedad cómo el mundo de las distintas especies animales era completamente diferenciado, precisamente diferenciado, precisamente por estar constituidos los senso-perceptores en estructuras configuradoras extraordinariamente selectivas según las distintas especies.

### B. *Diferencias motivacionales*

En los animales apenas sí puede hablarse en la sexualidad de motivación como dice Hebb<sup>21</sup>, «el factor más importante en la motivación sexual es humoral: estrógenos en la hembra, y andrógenos en el macho, controlados ambos en gran medida por la hipófisis».

En otras especies, este determinismo hormonal del instinto sexual está regulado —como ya hemos visto—, por el imperio de las estaciones (estación de celo), o de los ciclos vitales: son los períodos del estro o brama. La motivación en el hombre existe específicamente, estando, en consecuencia, la sexualidad parcialmente liberada de estas condiciones biológicas.

### C. *Diferencias instintivas*

Es aquí, probablemente, donde las diferencias entre el hombre y los animales han suscitado más polémicas.

<sup>20</sup> UEXKÜLL, J. von, *Theoretische Biologie*, Berlín, 1920; UEXKÜLL, T. von, *El hombre y la naturaleza*, Barcelona, 1961.

<sup>21</sup> HEBB, R. O., *Psicología*. Ed. Interamericana, 2.ª ed. Argentina, 1968, pp. 199 ss.

No obstante, existen suficientes rasgos que reaseguran esas diferencias nada convergentes.

Puede distinguirse en el instinto sexual las siguientes notas o caracteres elementales:

a) *Innatos*. Se dice que el instinto sexual es en los animales innato o preformado, en oposición a lo adquirido o inventado. Algunos autores extienden también esta nota al instinto sexual humano. Y, sin embargo, de ninguna manera es así. El carácter de innato ni siquiera se cumple plenamente en el animal. Es verdad que, como afirmó Darwin, la instintividad animal es una actividad que se cumple sin conocimiento del propósito y sin experiencia previa; algo que surge de forma ya acabada desde el nacimiento. Pero no es menos cierto que también las distintas especies animales están influidas por las tendencias a la adaptación al medio ambiente, lo que supondría la introducción de una cierta duda en este fijismo determinista de corte biologizante presentado como absolutamente indubitable. No es menos cierto que el instinto sexual animal no es aprendido, como acontece en la especie humana; pero también existen mecanismos próximos al aprendizaje a través de comportamientos que se ponen en marcha según ciertas actividades de imitación. En cualquier caso, el carácter innato de la sexualidad es mucho más determinado en el animal que en la especie humana.

En el animal, la actividad instintiva puede explicarse como una secuencia de comportamiento, que sin apenas necesitar de elaboración alguna tiene la condición de hallarse depositada, desde el comienzo, en la estructura específica del ser concreto. Ello, independientemente de que dicha actividad se manifieste algo más tarde de su llegada al mundo.

b) *Fijos y estables*. Si por estables y fijos se entiende lo que sostenía McDougall, es decir, que los instintos no pueden erradicarse ni adquirirse a lo largo

de la vida del individuo, en ese caso, estamos de acuerdo en que no existen diferencias entre la sexualidad animal y humana. Pero esta estaticidad no resiste la pequeña crítica, pues además de la variabilidad entre las distintas especies, y de aquella otra —desarrollada en el decurso temporal—, que afirma el evolucionismo, hay la variabilidad interpersonal e intrapersonal. A ello además hay que sumar la variabilidad dinámica comunicada por la experiencia individual de cada caso. En resumidas cuentas, este estaticismo debe interpretarse como que la instintividad es una constante en todos los seres vivos, pero no como una obligatoriedad imperiosa a realizar determinada actividad.

c) *Determinados*. El impulso a una determinada actividad —según el concepto de instinto— inevitablemente está determinado hacia el objeto a que propende. Ello no insta para que en el hombre la determinación de ese objeto admita un amplio espectro de posibilidades; posibilidades que en el animal no se dan por tender obligadamente a un estímulo que siempre es percibido como idéntico.

En el hombre, por la inteligencia, el instinto se eleva a otra categoría que en el animal. Es verdad que la actividad instintiva no es reflexiva, pero tampoco es ciega e irracional como de ordinario se viene calificando. En el hombre, sin que exista especialmente una flexión sobre la experiencia instintiva, ésta, no obstante, siempre deja una huella en la conciencia. El hombre conoce que conoce y sabe que sabe. En el animal, y aún admitiendo un cierto «conocimiento» del objeto al que tiende su instinto, ni lo conoce ni lo sabe, ni sabe que sabe. El animal, en su conducta propositiva, ignora el fin y porque lo ignora (está determinado a él obligadamente) no tiene que detenerse a elegir los medios que le conducirán al fin. En el animal, no hay libertad para elegir los medios, porque, propiamente, no hay conocimiento del fin a que los

medios tienden. De aquí que sí se pueda hablar de un determinismo instintivo en el animal.

En el animal no cabe experiencia intelectual sobre el fin ni, por tanto, dominio inteligente de los medios. De aquí su inmediatez y el autodispararse de la actividad instintiva que frente al estímulo no tiene que pararse a «pensar» los medios que empleará para conseguirlo, ni la forma en que esa actividad se desplegará. En el animal, esta actividad sí que puede afirmarse que es irreflexiva, ciega o irracional; pero no por ella misma, sino por la condición específica del animal en que se da.

En otro sentido, el lenguaje coloquial ha acuñado el uso de un término tan ambiguo como «la inteligencia del instinto», afirmándose, por ejemplo, que tal persona tiene una «inteligencia instintiva». La ambigüedad de este término tiene, sin embargo, su núcleo de verdad, aunque también se aplique dicho uso a otras especies animales.

En el animal, no es que el instinto (cf., por ej., Santo Tomás, *S. Th.*, p.I-II, q.13, a.2, obj.3, y respuesta) se prolongue en una actividad pensante, sino que le basta con la simple aprehensión de los sentidos para que su conducta se encamine hacia determinada meta, sin que exista elección inteligente de ella. En el hombre, no sucede así; puesto que carece de determinaciones instintivas, es la inteligencia la que establece la meta y elige los medios. Desde este punto de vista, puede afirmarse que las metas que el hombre puede aprender y alcanzar sólo de un modo racional, el animal las conoce y las alcanza únicamente por instinto.

En estos últimos años, se ha venido magnificando la función cognoscitiva de la sexualidad humana, hasta el punto de haber afirmado algún autor que a través de la actividad sexual el hombre llegaba a un conocimiento superior. Quienes así piensan confunden la actividad sexual con la tendencia extraordinariamente vehemente que existe en el hombre a conocer todas las cosas, y que algunos psicoanalistas, como Melanie

Klein, han denominado pomposamente como «instinto epistemológico».

En el hombre, efectivamente, hay un «hambre» de conocimiento, una sed de infinito, una tendencia a lo absoluto, que no se deja satisfacer por lo meramente sensitivo y sentimental. Esa tendencia le pertenece por naturaleza, y ya Aristóteles habló de sus características al afirmar que el hombre por el conocimiento puede llegar a ser todas las cosas. Pero tal tendencia no es reductible a lo meramente instintivo. Santo Tomás llamó a la instintividad *vis estimativa*, asignándole la capacidad innata para reconocer un objeto como útil o nocivo. Como *vis estimativa*, también el instinto animal actúa por algo más que lo agradable o desagradable, como por ejemplo lo útil o lo peligroso para su organismo (cf. Santo Tomás, *S. Th.*, p.I, q.78, a.4).

En el hombre, la actividad instintiva está entrecortada de aspectos cognoscitivos como más adelante estudiaremos de forma que en él inteligencia e instintividad establecen relaciones de colaboración y discrepancia. En unos casos, como escribe Bergson, «hay cosas que sólo la inteligencia es capaz de buscar, pero que, por sí misma no encontrará nunca. Sólo el instinto las encontraría, pero jamás las buscará»<sup>22</sup>.

En otras ocasiones, la relación entre la inteligencia y la instintividad se torna enemistad. Cuando la atención hace que la inteligencia se ocupe en la autoobservación escrupulosa de la propia actividad sexual, esta actividad queda casi siempre bloqueada e inhibida, interrumpiéndose paradójicamente el proceso instintivo. No parece sino que la inteligencia, aún estando abierta a la experiencia instintiva, no tuviese más remedio que hacerse a un lado, menguarse en algún modo para dar paso al relativo automatismo sexual\*. No obstan-

<sup>22</sup> BERGSON, H., «L'Evolution Créatrice», *Oeuvres*, París, 1932, p. 623.

\* Ver en este sentido cap. V, 2, y notas 17, 19 y 21.

te, la concurrencia de los factores cognoscitivos es necesaria, como hemos dicho, dada la plasticidad instintiva de la especie humana.

Pero incluso en los animales es también necesario un cierto «aprendizaje» que se añade a la instintividad. Si a una rata macho se le priva de sus sentidos, y su actividad instintiva nunca fue llevada a cabo anteriormente, tal actividad jamás podrá producirse. Tanto es así, que sin ese aprendizaje anterior se hace completamente insensible para toda clase de estímulos sexuales, situación ésta que no acontece si a pesar de faltarle los sentidos realizó con anterioridad esa actividad.

Por todo lo anteriormente señalado, el carácter determinista e inconsciente de que se ha querido adornar a la instintividad no es del todo exacto. Una separación radical entre instinto e inteligencia es el resultado de una psicología demasiado academicista y acostumbrada a separar, distribuyendo en compartimientos-estancos, lo que en cada ser vivo siempre está unido. La inteligencia se sirve del motor de los impulsos, de las tendencias, de los deseos e intenciones, aunque ella misma no coincide con ninguno de ellos. Por su parte los impulsos, las tendencias, para realizarse, precisan de la luz de la inteligencia. Uno y otra están ensamblados, y se articulan en una reciprocidad funcional.

d) *Automatismos.* La literatura psicológica especializada es, en este como en otros puntos, bastante contradictoria. De una parte, se afirma que el instinto sexual, tanto en el hombre como en los animales, tiene la nota de lo automático, de lo naturalmente espontáneo y programado, como si fuese una actividad cerrada en sí misma y siempre idéntica. De otra parte, se afirma que la actividad instintiva engendra hábitos de comportamiento. Si los instintos tuviesen un carácter meramente automático, su repetición ni añadiría ni mejoraría ni empeoraría su realización, siéndole to-

talmente indiferente, ya que la experiencia anterior no se incorporaría ni modificaría en nada a la siguiente.

Si fuese sólo un hábito no podría reducirse a un mero automatismo.

Estas dos interpretaciones antitéticas en que se balancean los instintos, se prolongan en teorías psicológicas cuyas consecuencias son extraordinariamente importantes, dada la magnitud divulgadora a que, en la actualidad, han sido sometidas. Me refiero, en concreto, al conductismo y al psicoanálisis. Según el primero, la actividad sexual sería un mero reflejo. Pero, aún admitiéndose que lo sea, se afirma que la repetición de esa actividad condiciona al sujeto que la realiza. Desde este punto de vista, ciertos conductistas sostienen simultáneamente el carácter de automatismo y de hábito en el instinto sexual.

El psicoanálisis, por otra parte, afirma que la represión del instinto sexual conduce a la neurosis. De alguna manera, en esta proposición está latente la consideración de este instinto como un acto reflejo, también, que debe ser en cualquier caso satisfecho. El psicoanálisis, sin embargo, nada dice sobre los psicópatas sexuales, que a fuerza de no reprimir jamás esta tendencia, y entregándose a una actividad repetitiva y sin sentido, degradan sus propias tendencias hasta lo patológico.

Ambas hipótesis son inconciliables entre sí. Cada una de ellas agiganta hasta lo monstruoso un matiz de la instintividad humana. La caída en el radicalismo hace todavía más opaco el misterio de la sexualidad humana, renunciando a considerarla con toda la riqueza de sus matices.

Es necesario, pues, afirmar —a pesar de que se me tilde de ecléctico— que el instinto sexual es de algún modo un hábito y de algún modo un reflejo. Hábito, en tanto que encaminada esa tendencia hacia una actividad determinada, se va como especializando hasta cristalizar en una forma selectiva de comportamiento. Es también un reflejo, puesto que iniciada su activi-

dad, se produce un momento en el que la tendencia se dispara de un modo automático, siendo su consecución, desde entonces, irrefrenable.

En el hombre, por estar abierto por la razón a formas superiores de autoposesión y autocontrol, el carácter de hábito tiene un papel mucho más primordial que en las especies animales, en las que el matiz más sustantivo de la instintividad es lo reflejo y automático. Esto no quiere decir que en la instintividad humana no se den también los aspectos automáticos y reflejos.

e) *Teleológicos*. Las actividades instintivas se ordenan a fines bien determinados que, rebasando la pura satisfacción individual, van más lejos de ella. La actividad instintiva supone la transitividad de una acción que sobrepasa las inmediatas consecuencias. Así, por ejemplo, la actividad sexual no se agota en la mera satisfacción —placentera en el caso del animal, hedonista en el caso del hombre— de simples necesidades diseñadas según un modelo indigente de los seres vivos.

La teleología del instinto sexual cumple con la importante misión de perpetuar la especie y, a su través, conseguir que el individuo se prolongue a sí mismo, hurtándose a la acción demoledora del paso del tiempo.

Este sobrepasar lo inmediato de las acciones instintivas, de alguna manera, supone el rebasamiento y el rebosamiento del marco estrictamente individual del ser vivo. La actividad instintiva, en cuanto que animada de finalidad, es transitiva y no se agota en las puras sensaciones del individuo en que se producen (considerado éste como término *a quo* o punto de partida), sino que siempre alcanzan otro término (término *ad quem* o punto de llegada, que no es preciso que sea siempre consciente), situado mucho más distante que el primero.

Siempre puede descubrirse una a modo de transfinalidad o superteleología en la actividad instintiva, que sobrepuja la aparente finalidad inmediata e individual del sujeto que la pone en marcha. De aquí que pueda hablarse con relativa propiedad de una cierta transcendencia instintiva. Y de aquí también, que la instintividad humana, por este carácter transfinalista —en el hombre es donde más se enfatiza este carácter superteleológico—, no se reduzca a un mero replégame circular y hermético en torno a las consecuencias placenteras de la conducta instintiva. El instinto en el hombre —también el instinto sexual— es uno de los recursos de que dispone para abrirse al mundo, hacerse presente en él, y, simultáneamente, que el mundo se le haga presente a través de esta apertura.

Este carácter de desplegamiento operacional espontáneo no tiene la misma significación ni alcance en el caso del hombre que en el caso del animal. En el animal, el horizonte transitivo de su instintividad va sólo un poco más lejos de la mera facticidad. En el hombre, por el contrario, esta transitividad se despliega de forma más acusada, entrelazándose con fenómenos subjetivos adscritos al mundo de los sentimientos, del conocimiento y de la conciencia a cuyas influencias no puede sustraerse casi nunca.

Esta teleología es, en el animal, mucho más importante en el orden biológico que en el orden subjetivo. Biológicamente, la instintividad sexual tiene un fin que trasciende la mera satisfacción de la necesidad instintiva, y que consiste en la reproducción, un fin que además viene a saciar un segundo importante eslabón de la conducta innata: la paternidad. Sin embargo, subjetivamente, la instintividad animal es ateleológica; el encaminamiento finalista hacia un fin subjetivo está interrumpido. El animal ni tiene subjetividad ni puede, por consiguiente, proponerse proyectos que vayan más lejos de lo meramente automático y determinado por su biología.

En el hombre, los impulsos sexuales se ordenan a fines trascendentes ; su teleología es tanto biológica (capacidad reproductiva), como subjetiva (el compromiso de la afectividad, la elección del otro, el modo de concebir su proyecto biográfico, etc.) y psicológica (evitación de la soledad, satisfacción de la tendencia a la paternidad, conocimiento y ayuda recíproca, etc.). Y, sin embargo, el hombre puede, mediante los recursos de su libertad, y por medio de artefactos, desteleologizar su instintividad, tanto en la vertiente biológica, como subjetiva y psicológica. Así, por ejemplo, el uso de anticonceptivos bloquearía la capacidad generativa, que es la finalidad biológica a la que se ordena la tendencia sexual. Lo mismo puede afirmarse respecto de las otras vertientes. No obstante este mal uso de la libertad humana, el hombre no puede escapar —al menos sin recibir en la huida una seria fractura de su personalidad— al sentido de que está transida la sexualidad humana. Acaso podrá reprimirlo, tergiversarlo, menguarlo o ignorarlo, pero, en cualquier caso, siempre ha de habérselas con él.

f) *Dependencia necesaria de las situaciones estimulables.* Para muchos zoopsicólogos, la actividad instintiva se reduce a una mera respuesta automática en función de un estímulo externo. El reduccionismo operado es inadmisibile, incluso en el caso de la instintividad animal. El estímulo actualiza, sin más, una determinada tendencia; pero él mismo no es esa tendencia, sino lo que es capaz de ponerla en marcha mediatamente a través de la representación que elicitada en el sujeto. Frente al estímulo instintivo, en el animal comienza a desencadenarse una conducta innata programada en dirección a un fin, ante la que no es libre para embridarla o no. Esto no supone que dicho comportamiento desencadenado por el estímulo sea un mero tropismo. En el animal, existe siempre un cierto grado de indeterminación en la respuesta, aunque este

grado sea mínimo. En los tropismos, la dependencia necesaria de las condiciones estimulables está elevada a su máxima categoría. En la conducta instintiva animal, esta forzosidad es mucho más atenuada.

En cualquier caso, el estímulo no determina unívocamente la respuesta instintiva. Como escribe Yela<sup>23</sup>, «el sujeto es un organismo estimulable. Depende y es función del estímulo... Pero la inversa, como hemos advertido, es igualmente cierta. El estímulo es función del sujeto». «Lo que percibimos —continúa el profesor Yela— no es una cosa, sin más, sino ésta o aquella, en éste o el otro contexto, con una u otra significación. Es lo que suscita la conducta, y también, lo que la guía y consume. Como comienzo, medio o fin; como ocasión, escenario, espectáculo, reto, obstáculo, amenaza, premio o sanción, la cosa se percibe en el seno de un proyecto, viene afectada por una perspectiva futura y contiene virtualmente el esquema de varios comportamientos posibles. Las cosas y situaciones percibidas son como el residuo del comportamiento pasado, como el esbozo de la conducta futura. Esto acontece de forma peculiar y exclusiva en el hombre. Pero, a su modo y manera, acontece también en el animal. Las cosas no son para él simples estímulos, sino alimento, presa, enemigo, pareja, cría, hábitat o territorio ajeno, en relación con sus motivaciones, tendencias, impulsos y aprendizajes.»

Por consiguiente, el estímulo instintivo no es absoluta y necesariamente lo determinativo de la conducta instintiva. Ni siquiera en el animal, acontece esa determinación absoluta. Hay siempre en él y en su capacidad respondiente un haz de diversas posibilidades en el que puede cumplirse alguna de ellas o incluso ninguna.

<sup>23</sup> YELA, M., *La estructura de la conducta*. Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 1974, pp. 15, 83, 84, 17, 18, respectivamente.

En el hombre, la independencia y autonomía de la conducta sexual respecto de las circunstancias estimulares están enormemente desarrolladas. Y es que el hombre no tiene medio, sino mundo, pues como afirmó Buytendijk<sup>24</sup>, *der Mensch hat keine Umwelt, sondern eine Welt*. Es decir, el estímulo depende de la configuración orgánica estructural sobre la que incide.

El hombre es el único ser en el que propiamente se cumple de modo pleno la capacidad de emitir respuestas sin que exista ningún estímulo que las elicite. En algunos animales superiores, apenas sí hay esta capacidad, y cuando la hay, resulta mucho más empobrecida y limitada. En el hombre, por el contrario, dicha capacidad llega a su techo más alto, por cuanto puede «crearse» estímulos propios, independientes del entorno —a través de la fantasía, y de las representaciones, por ejemplo— capaces de hacer disparar la propia conducta instintiva. Esto es así, porque cada hombre percibe las condiciones estimulares de modos diversos según su personal idiosincrasia selectiva. Esta independencia del medio supone también la capacidad de poder impermeabilizarse ante el bombardeo estimular técnicamente mejor diseñado. El hombre es el único animal capaz de renunciar, de afirmarse negando, incluso de autonegarse satisfacciones naturales.

La independencia del ámbito esimular, la capacidad de sustraerse a la atracción fagocitaria de lo circundante respecto de la conducta instintiva, no es otra cosa que una prueba irrefutable de la existencia de la libertad humana. Ante los estímulos instintivos, cabe al hombre responder o no, y en el caso en que decida responder, hacerlo de esta o de aquella forma. En el animal, por el contrario, las respuestas instintivas son más inmediatas a las situaciones estimulares

<sup>24</sup> BUYTENDIJK, F. J. J., *Mensch und Tier*, Hamburg, Rowohlt, 1958, p. 41.

(inmediatez por contigüidad temporal y espacial) y más invariables (más fijadas según determinados patrones respondentes).

En el hombre, además, la afectividad —de la que he preferido no hacer mención en este apartado— resulta ser mediadora entre la situación estimular y la respondente, introduciendo así una nueva complejidad en el modelo de la instintividad. Las emociones y afectos con que está amasada la conducta sexual en el hombre, le proporcionan una textura configurativa cualitativamente distinta de la que se da en el animal, y esto sin recurrir a argumentos de corte evolucionista que vocean la complejidad creciente, específica de la condición humana.

g) *Plasticidad*. Esta es una de las notas que mejor distingue y diferencia a la sexualidad humana de la animal. La conducta instintiva humana puede adoptar formas muy diversas dependiendo, en cierto modo, del estímulo que las provoca y, sobre todo, de las influencias cognitivas de su inteligencia y de la elección libre de su voluntad. Las tendencias instintivas en el hombre son una realidad inacabada. Como escribe Pinillos<sup>25</sup>: «Desde un punto de vista relativo, la especie humana es la que posee un período de desarrollo más largo; una tercera parte, al menos, de su ciclo vital es de carácter progresivo y está, consecuentemente, abierto a enriquecimientos comportamentales de importancia. Claro es que el hombre continúa siendo capaz de desarrollar durante mucho más tiempo ciertos aspectos de su personalidad, como la experiencia o madurez de juicio, y de adquirir nuevos hábitos y conocimientos, pero, no obstante, es verdad que a partir de la juventud la conducta va perdiendo elasticidad en muchos aspectos, con lo cual las posibilida-

<sup>25</sup> PINILLOS, J. L., *Principios de Psicología*, Madrid, Alianza Universidad, 1975, p. 630.

des de alcanzar cotas ontogenéticas más altas se va reduciendo inevitablemente.»

Esta plasticidad e inacabamiento de las tendencias instintivas humanas es lo que posibilita y permite una gran variabilidad de las formas respondentes. Gracias a ellas, la tendencia sexual en el hombre tiene un carácter de indeterminación, según el cual puede desarrollarse y ejercerse siguiendo opciones muy variadas. Tan plásticas son éstas, que los modos en que se satisfacen dichas tendencias son tan polimórficos y metabólicos en la especie humana, que cuando la libertad yerra en su elección, suscita la aparición de las aberraciones sexuales, ingresando así en la Psicopatología. Este polimorfismo proclama la libertad que sobrepasa en el hombre al instinto (su grandeza), a la vez que los riesgos que toda libertad conlleva (su indigencia).

La sexualidad humana está abierta a la posibilidad de un remodelamiento libre, personal y continuado, mucho más amplio en la infancia que en la madurez. No existe, pues, esa fijezza biológica que caracteriza la instintividad animal. De ahí también, que la instintividad pueda ser bien o mal utilizada, prueba de que es relativamente gobernada por la voluntad y la razón, como corresponde al ser natural del hombre.

Hay, sin embargo, otro ámbito en el que esta plasticidad se patentiza. Me refiero, en concreto, al ámbito cultural. La sexualidad en el hombre tiene, a qué dudarlo, una dimensión social completamente diferente al resto de las especies animales. Por una parte, los factores socio-culturales (valores, tradiciones, costumbres o disvalores: pornografía, erotismo, etc.) revisten de significación a estas tendencias, mudándolas según formas proteicas muy diversas. Un ejemplo de ello lo tenemos en el carácter significativo con que las diversas culturas interpretaron estas tendencias. Bastaría estudiar la significación erótica proyectada sobre las distintas áreas de nuestra geografía corporal por las diversas culturas para evidenciar lo que aquí afirmo.

Del mismo modo, podría también analizarse el valor del pudor en las distintas épocas y culturas<sup>26</sup>.

Las influencias de estos factores socio-culturales en el modelado de la sexualidad humana resultan obvias. Ello hace que la sexualidad humana sea educable. En la actualidad, se ha exagerado hasta extremos insospechados la importancia de esta «educación sexual», que, desgraciadamente, en muchos casos, es más un adiestramiento que una educación propiamente dicha; y eso cuando no se le invita a los pequeños a hacer una excursión por el tortuoso camino de las alteraciones psicopatológicas de la sexualidad humana.

La plasticidad de la sexualidad humana exige el concurso de la educación; pero una educación que sea garante de la libertad y concorde con la naturaleza. Dicha educación —por motivos afectivos y psicológicos obvios, que en este momento no puedo detenerme a considerar— debe ser encomendada siempre a los progenitores.

Este carácter social de la sexualidad ha sido radicalizado por investigadores como Tinbergen. Para el autor citado, los instintos tienen una importante dimensión social. Cuando «otro miembro de la especie forma parte de la situación-estímulo adecuada, el animal trata de hallar a través de su comportamiento apetitivo una relación social», escribe Tinbergen. Según esto, la conducta alimentaria, por ejemplo, no tendría ninguna dimensión social cuando «otro miembro de la especie (no) forma parte de la situación-estímulo». Es decir, que el hombre cuando come solo abandona de ordinario los hábitos alimentarios socialmente aprendidos (uso de instrumentos para llevar los alimentos a la boca, aderezamiento y presentación de la comida, arte culinario con que éstos se preparan, etcétera.), puesto que, según el citado autor, de no

<sup>26</sup> CHOZA ARMENTA, J., «La supresión del pudor, signo de nuestro tiempo», en *Nuestro Tiempo*, julio-agosto, 1971, 205-206.

estar comprometida otra persona en la situación-estímulo desaparecen automáticamente las manifestaciones sociales que acompañan a la satisfacción instintiva. Se olvida el autor que todo aprendizaje no sólo deja una huella, sino que a la vez deviene en un elemento configurador de la subjetividad que como tal queda integrado en aquélla.

#### D. *Sexualidad humana y sexualidad animal*

El camino anteriormente recorrido culmina en su meta: la diferencia radical entre la sexualidad humana y animal.

La sexualidad humana no repliega al hombre sobre sí mismo, sino que le abre hacia nuevas formas de estar en el mundo.

El carácter inacabado de la sexualidad humana posibilita y obliga a una modulación desde la libertad racional en el desarrollo de la misma.

La sexualidad adquiere así en el hombre un sentido más allá de sí misma, siendo, en consecuencia, transbiológica, teleológica y transitiva.

También, o mejor dicho, sobre todo, cuando desde esa libertad rectora el hombre renuncia a satisfacer sus tendencias instintivas por una causa de orden superior que las haga legítima, también entonces la sexualidad tiene esa dimensión transbiológica, perfeccionante de la existencia del hombre. De aquí que al achacar una «personalidad incompleta» a los que libremente y por razones justas embridan sus instintos, es sólo fruto de la ignorancia, de la ignorancia de quienes probablemente jamás han vivido, por razones que sean, la autoposesión de sus instintos.

La sexualidad humana amplía el horizonte de la intimidad personal y descubre la intimidad del otro. Pero este intercambio está varado sobre el compromiso; hunde sus raíces en una responsabilidad solidaria que, en ocasiones, puede suponer una relativa y

costosa exigencia. El débito de la carne no siempre va nimbado de sensaciones placenteras. Paradójicamente, en bastantes ocasiones —quien quiera que tenga experiencia en haber tratado matrimonios un tanto mayores podrá constatar lo que aquí afirmo—, el cumplimiento de tal débito requiere un esfuerzo voluntario, que es preciso poner, dada la natural exigencia del matrimonio.

La sexualidad humana no está obligada a respuestas inmediatas e invariables; el hombre no sólo satisface sus necesidades, sino que muchas veces se las inventa, como también no sólo es movido por las condiciones estimulantes del medio ambiente, sino que en bastantes circunstancias se imagina y construye sus propios estímulos. En consecuencia, la vida instintiva en el hombre es mucho más libre y mucho menos ciega. Al poder renunciar el hombre, al poder decir que no a una cosa que incluso quiere, la cosa misma queda transformada. Ese transformismo del apetito sexual, que Freud denominó peyorativamente con el término de «sublimación», ha sido explicado «como una especie de reflejo ascensional del instinto hacia las fuentes inmateriales del ser humano, como la integración cualitativa de los ritmos sencillos en la pura melodía de la vida interior. Subjetivamente, está acompañado por un sentido de equilibrio, de paz y de plenitud interior, por una impresión de liberación respecto a servidumbres y disonancias de apetitos inferiores y como por una transparencia espontánea»<sup>27</sup>.

La sexualidad humana, gracias a la lentitud en la maduración de las estructuras neurofisiológicas que la hace posible<sup>28</sup>, tiene ese carácter de lo inacabado, abierto, indeterminado y encomendado a la libertad.

<sup>27</sup> LÓPEZ-IBOR, J. J., *Lecciones de Psicología Médica*, volumen I, Madrid, Ed. Paz Montalvo, 1963, pp. 33 y 34.

<sup>28</sup> Confrontar: BOLK, L., *La humanización del hombre*, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1950.

La sexualidad humana no está ferreamente sometida al imperio de los ritmos biológicos. El hombre es capaz de poner distancias y salvar lo apremiante de una situación estimular determinada.

La sexualidad humana está naturalmente liberada de la obligatoriedad irrenunciable a que le impelen las determinaciones biológicas. La «necesidad» sexual en el hombre está por encima de estas servidumbres y, en consecuencia, no es una necesidad que obligue a todos los individuos de la especie. De ahí que algunos autores hayan visto en el instinto sexual humano la manifestación de un cierto lujo biológico.

La sexualidad humana, por último, además de ser libre es responsable y exige el compromiso interpersonal llevado a sus tres niveles —biológico, afectivo y cognoscitivo—, para que sea ejercida de modo satisfactorio.

Todas estas caracterizaciones y consecuencias de la sexualidad humana no se encuentran cuando estudiamos de forma pormenorizada la sexualidad en los animales.

## 2. *Personalidad y sexualidad*

La personalidad y la sexualidad están articuladas por un conjunto de relaciones no demasiado esclarecidas. A primera vista la sexualidad es sólo una instancia más de la personalidad a la que aquélla está subordinada; pero a su vez, la sexualidad tiene una importante función que cumplir en el desarrollo y en la formación de la personalidad. Una y otra entrecruzan sus influencias de modo recíproco y un tanto oscuro. A este oscurecimiento ha contribuido especialmente la teoría psicoanalítica. En las líneas que siguen me detendré a analizar las tres cuestiones fundamentales en las que considero pueden resumirse las influencias que, a este respecto, ejerció el pensamiento freudiano:

- A. La reestructuración de la personalidad en la cura analítica.
- B. La erotización de las neurosis.
- C. La neurotización de la sexualidad.

### A. *La reestructuración de la personalidad en la cura analítica*

El análisis vacía toda autointerpretación y una vez que ha conseguido demoler y ha arruinado la imagen que el cliente tenía de sí mismo, remodela una nueva estructura personal que luego va rellenando con sus interpretaciones, sus jergas y sus simbolismos. El paciente debe aceptar de un modo irracional ciertas premisas:

- a. No interpretar las interpretaciones que el analista haga.
- b. No oponerse ni resistir (resistencia) a las interpretaciones que de sus aconteceres biográficos hace el analista.
- c. Aceptar irracionalmente las codificaciones y decodificaciones que el psicoanalista vaya realizando. En última instancia, si el cliente no las acepta el análisis no progresará; es que se ha caído —se dice— en una resistencia de la que no es posible salir a no ser que se admita como tal resistencia, lo que supone haber comenzado a admitir el sistema de codificación, de traducción de los datos biográficos a través de la hermenéutica interpretativa del analista.

Como por otra parte todo el nervio de la interpretación descansa en el concepto de líbido, es lógico suponer que la nueva personalidad que se estructura tras la cura analítica está transida de esta significación.

Los distintos contenidos biográficos que allí se verbalizan son unilateralmente referidos al instinto del

placer que debe ser satisfecho, para más tarde ser ajustados forzosamente a este principio hasta hacer su significación acomodaticia con el modelo previamente establecido. De este modo la sexualidad se constituye en el esqueleto sustentador de la personalidad. Tal vicio de origen se hará sentir de inmediato en la reestructuración de la personalidad que sigue a la acción postpsicoanalítica.

Pero como el proceso psicoanalítico es un proceso en espiral, repetitivo y anancástico, que gira una y otra vez sobre estas premisas, la personalidad entera acabará por obsesionarse, por problematizarse con estos contenidos, a la vez que deviene en una personalidad sexualizada.

Por otra parte, la concepción del desarrollo de la personalidad en el sistema freudiano —extraordinariamente dependiente del desarrollo de la sexualidad, aunque nada probado ninguno de estos extremos— viene a reforzar estas relaciones entre sexualidad y personalidad.

Freud caracterizó tres tipos de personalidad en correspondencia con las tres etapas fundamentales en que dividió el desarrollo de aquélla<sup>29</sup>.

Los presupuestos para la edificación de estos modelos arrancan de los siguientes acontecimientos:

— Observación e interpretación de ciertas secuencias en la conducta infantil.

— Selección de una precaria topografía corporal que es revestida luego de significación erógena.

<sup>29</sup> Sería interesante investigar por qué FREUD eligió la estructura formal trinitaria para todos sus descubrimientos: las relaciones triangulares edípicas (padre-madre-hijo), la estructura de la conciencia (consciente-preconsciente-inconsciente), la estructura de la personalidad (ello, yo y superyo), las etapas evolutivas de la personalidad (anal, sádica, oral y fálica), etcétera. Sólo usa la dialéctica binaria en dos principios (placer y realidad) y en dos instintos (eros y tanatos).

— Reconstrucción de tres modelos caracteriales en apoyo de las hipótesis —que sólo eran retazos de una insuficiente hermenéutica interpretativa de parciales fenómenos— sostenidas por él.

Su puritanismo estrechó las posibilidades de construcción de una tipología mucho más amplia. De haberse dejado guiar por el vasto polimorfismo de los modos en que se da satisfacción al instinto sexual, tal y como acontece en la realidad, y de la significación erógena que cada individuo transfiere a cada una de las áreas de nuestra geografía corporal, tal vez se hubiese decidido a complicar el espectro de las tipologías de la personalidad, así como las distintas etapas y secuencias por las que atraviesa la evolución de la personalidad humana.

Acaso hubiera descrito otras etapas como la de la mamada, la ventral, la de las extremidades distales, la dental, etc., paralelas a sus correspondientes tipos de personalidad: personalidada mamal, ventral, distal, dental, etc. Lo que prueba que, aun cuando resumió las áreas corporales más comúnmente erógenas —sobre todo la oral y la fálica, según las costumbres occidentales—, en las correspondientes etapas del desarrollo de la personalidad y en los tipos de personalidad no lo hizo en grado suficiente y, en consecuencia, apenas si consiguió probar nada.

Además, ¿qué hubiera pasado si en lugar de maximizar la sexualidad (haciendo recaer sobre ella toda la responsabilidad y el peso de la evolución de la personalidad como si se tratara del único absoluto ontogénico), hubiera partido de otros instintos como el del hambre, la sed o el instinto de conservación?

Freud dogmatizó el sexo y se valió de él como del principal demiurgo de la personalidad humana. Lo mismo pudo haber hecho con la afectividad u otras instancias de la personalidad.

De hecho, hoy podríamos definir tantos tipos de personalidad como clases de sentimientos encontramos

en el hombre. Bastaría para ello —no lo intentamos aquí para no cansar al lector innecesariamente— atomizar los distintos modos de conductas humanas según el perfil aritmetizable en el que intervinieran las distintas emociones. De este modo tendríamos tantos tipos de personalidades como de sentimientos, sólo con redefinir a aquéllas en función del sentimiento dominante en cada momento. Luego podríamos oscurecer y complicar dichas tipologías afectivas según el modo de participación de los distintos sentimientos en el perfil final resultante. Incluso podríamos distinguir —trasladándonos al campo de la psicología evolutiva— una multitud de etapas evolutivas en el desarrollo de la personalidad, según la historicidad con que los distintos sentimientos hacen su aparición en el hombre. Y tal vez —¿por qué no?— podríamos instaurar un sistema psicoterapéutico paralelo al psicoanálisis, reinterpretando cada uno de esos sentimientos, codificando y traduciendo unos en otros, y recanalizándolos para su conversión, ya que todos los sentimientos tienen algo en común que los entrelaza: su referencia a la subjetividad. Sería insuficiente para la construcción de esta nueva ingeniería de la personalidad en base a la afectividad, inspirarnos en la forma con que se hacen intervenir los distintos mecanismos de defensa del yo manifestados por Anna Freud. De hecho, se puede establecer un cierto continuo entre el amor y el odio, la soledad y el impulso gregario, la confianza y la desconfianza.

### B. *La erotización de las neurosis*

Freud fue muy lejos en su atrevimiento. En lugar de hacer un servicio a la humanidad, contribuyó al más flaco de los servicios.

Su interpretación del sexo —por cierto, todavía demostrada— supuso, además de algo escotomizado, un intento de manipulación del misterio humano.

La sexualidad se hizo obsesiva al parasitar la conciencia e instalarse allí como única preocupación en demanda de ser satisfecha. Pero algo exige ser satisfecho si previamente tiene conciencia de su indignidad y privación; es decir, si se patentiza como necesidad fundamental.

No reparó en que al exagerar la conciencia de esa necesidad, hizo de la conciencia una instancia necesitada.

Con Freud la antropología deviene en apenas un modelo de *hombre necesitado*. De ahí que cualquier neurosis no signifique nada más que el fracaso por satisfacer esas necesidades, necesidades que por muy diversos caminos simbolistas vienen a converger todas ellas en lo erótico.

Con esta versión de la enfermedad mental, la sexualidad —mejor dicho, la insatisfacción de la tendencia sexual— quedaba elevada a la única y principal categoría etiológica de las neurosis.

Una vez sexualizadas las neurosis —revestidas las neurosis del manto turbio de la sexualidad—, la personalidad del neurótico quedaba necesariamente deformada y enferma a no ser que se produjera la liberación de la reprimida necesidad.

A través de esta parcial interpretación sexual se brindaba al sencillo hombre de la calle ocasión de cuestionarse acerca de su instinto, y a su través problematizar su personalidad toda.

La conclusión que quedaba abocetada en las mentes sencillas era que si se reprimía la sexualidad se optaba por ser candidato a los padecimientos neuróticos.

A la represión había que contraponer la liberación. Represión y liberación quedaban constituidos de este modo en los dos pilares en que descansaba el arco de la dialéctica psicoanalítica que Freud necesitaba.

Aunque a la sexualidad pertenece un campo específico dentro de la psicopatología, parece interesante analizar el modo en que esas posibles alteraciones insintivas modifican la estructura de la personalidad.

Me refiero, claro está, a formas muy frecuentes de degradación de la sexualidad humana, que no por demasiado frecuentes y extendidas dejan de empobrecer y minimizar estúpidamente esta facultad del hombre. Desde el más estricto punto de vista clínico, tal estupidez podría ser justificable —en absoluto lo es desde una óptica antropológica—, si no rozase los límites fronterizos de una cierta psicopatología menor.

Los modos en que se vive esta sexualidad degradada, a los que me referiré a continuación, constituyen unas bases de gran importancia sobre las que pueden arquitecturizarse, sin grandes dificultades, otras alteraciones adscritas a los estrictamente psicopatológico.

Una característica común a todas ellas, en la que es preciso detenerse, es el fenómeno de la represión. El término se ha atrincherado en un único significado peyorativo, a causa de su uso unilateral. Hoy, decir que alguien está reprimido o es un reprimido, tiene toda la fuerza de su insulto. Y, sin embargo, no es así, puesto que de alguna forma todos estamos parcialmente reprimidos, como trataré de demostrar a continuación.

1. Al no ser el hombre un absoluto (ni absolutamente es, ni su no-ser es absoluto), toda su actividad se desplegará según una cierta relatividad.

2. Cualquier instinto que sea satisfecho, jamás lo será de una vez por todas, es decir, de forma absoluta.

3. Toda satisfacción admite grados, es decir, se realiza según un más o un menos, y no de forma absoluta.

4. Mientras se está satisfaciendo un instinto se han de dejar de satisfacer otros, debido a la imposibilidad de saturar las necesidades todas de forma simultánea. A nivel del momento, es decir, según la contigüidad temporal siempre hay alguna instancia insatisfecha en la estructura personal de la existencia del hombre.

5. El hambre de infinito y la sed de absoluto que tan ordinaria y permanentemente son característicos de la estructura contingente de la existencia humana, no pueden quedar satisfechos en ninguno de los modos de satisfacción de la instintividad del hombre.

6. La hermenéutica de la economía instintiva hace que unos y otros instintos se solapen, converjan o se interfieran entre sí, metamorfoseándose en el momento puntual del comportamiento en que se patentiza su satisfacción. De ahí que esas instancias de la personalidad freudiana —super-yo, ello y yo— no sean las únicas responsables —si es que existen— del fenómeno de la represión.

Está probado hasta la saciedad cómo los instintos cabalgan sobre otros, los sustituyen, amplían o potencian, los amenguan o inhiben, y hasta entran en conflicto mutuamente, además de compensarse el fracaso de unos —su frustración— a través de la satisfacción sublimada de otros.

¡Cuántas frustraciones en el instinto de poder no son más o menos inmediatamente sublimadas en forma de satisfacción sexual! ¡Cuántas represiones o inhibiciones sexuales no quedan vicariamente satisfechas en forma de copiosas comidas o bebidas en exceso! De aquí que en toda manifestación de la instintividad se halle una coparticipación de las distintas provincias instintivas. Yo me atrevería a ir más lejos: en toda frustración o satisfacción instintiva —que se realiza siempre de forma singularmente concretada en ésta o aquella área de la instintividad— hay supuesta una frustración o satisfacción de los distintos haces que componen los diversos apetitos.

De ahí que sólo puedan admitirse una de las dos siguientes opciones: o la represión instintiva es una condición natural del hombre que en absoluto conduce a la neurosis (en cuyo caso todo el andamiaje de la edificación freudiana cae por su base), o todos los hombres están natural y necesariamente condenados a

ser neuróticos (en cuyo caso Freud tendría toda la razón, aunque él mismo sería también un neurótico).

De decidirnos por la segunda de las opciones, tampoco el problema queda resuelto; más bien, por el contrario, se hace todavía más complejo. Pues si todos somos neuróticos, puesto que la satisfacción nunca puede ser absoluta y, por consiguiente, siempre hay un cierto cómputo de represión —si la normalidad es la neurosis—, el psicoanálisis no sirve a la desneurotización, y debe, por consiguiente, ser abandonado. Pero tampoco sirve para nada la liberación, puesto que ésta jamás puede ser absoluta. Con lo que al final, tanto la represión como la liberación apenas si significan algo y se distinguen entre sí.

### C. *La neurotización de la sexualidad*

Una vez vaciada la sexualidad humana de su significación específica, no le queda más recurso que emprender el áspero descenso de la degradación hasta arrojarse en la neurosis. La teleología de la sexualidad humana es reducida en la pluma de Freud a una sola significación: la evitación de la neurosis. La satisfacción sexual es algo así como la medicina preventiva de los padecimientos neuróticos. Pero, de ser esto verdad, acontece forzosamente que la sexualidad se des-sexualiza, se vacía de sentido, deja de ser ella misma para desnaturalizarse en prestación de servicios que en absoluto le competen. En definitiva, la sexualidad se neurotiza. Deviene en una madeja de haces desordenados que amordazan al hombre y le impiden crecer en toda su estatura.

Ello es la consecuencia necesaria que se deduce de la falsa interpretación de las neurosis. La comprensión de la patología humana no es algo baladí o trivial que apenas tenga consecuencias. La psicopatología del hombre remite continuamente a su psicología y a su

fisiología. Un error en la concepción de aquélla supone un malentendido de éstas.

La erotización de las neurosis obliga a la neurotización de la sexualidad. Este proceso neurotizador comienza invadiendo la provincia instintiva para desde allí fagocitar la personalidad entera. La neurotización de la sexualidad se hace acompañar, inesperadamente, de la neurotización de la personalidad.

El protagonismo que se concedió a la sexualidad fue un protagonismo indigente, sólo eficaz para saturar todavía más las repletas salas de espera de psiquiatras y psicoanalistas.

Los indemostrados principios freudianos en esta área, abriéndose paso a través de la barrera cultural, han ido a instalarse en la mente de muchos, originando una menesterosa confusión.

Tanta, que las relaciones entre personalidades y sexualidad se presentan hoy como un pseudoproblema oscurecido e intransparente.

Se afirma en algunos sectores, por ejemplo, que el celibato, en tanto que abstinencia sexual, contribuiría a deformar la personalidad, desgarrándola entre los distintos mecanismos neuróticos y compensatorios en que aquélla se atomiza. Si antes se había exagerado hasta la deformación las consecuencias orgánicas patológicas derivadas de la masturbación —verdadera falacia obsesiva de toda una época—, ahora se magnifica, de forma monstruosa, el extremo contrario.

Hubo científicos y mecanicistas que llegaron a la afirmación de que cualquier tipo de abstinencia sexual era anormal. Tal afirmación tiene sólo una validez parcial: cuando la renuncia a la sexualidad no se ejerce desde la libertad, sino desde la imposibilidad. Quiero decir con ello, cuando en la existencia humana se produce un vacío sexual como consecuencia de graves alteraciones estructurales de la personalidad. Pero aun en esos casos concretos —poco frecuentes en la patología humana—, las alteraciones de la personalidad no son las más de las veces *consecuencias* de una

perturbación en la instancia instintiva, sino más bien *causa* de esas perturbaciones. No es, pues, la sexualidad enferma la que modifica la personalidad, sino que generalmente son las personalidades mal estructuradas las que acaban por salpicar el apetito sexual y, por consiguiente, perturbarlo.

Por otra parte, hay casos clínicos en que la sexualidad no puede satisfacerse por haber un impedimento en su realización y que, sin embargo, la armonía personal no está perturbada. Acontece esto cuando aquella personalidad concreta es lo suficientemente madura como para asumir e integrar desde su atalaya aquel defecto, y organizar en nuevas configuraciones de sentido las frustradas tendencias instintivas.

El hombre, en tanto que ser transido de espiritualidad, puede embrazar sus propias dificultades, y aceptar con toda libertad lo que en un principio tenía el aparente carácter de una imposición imperativa.

Por ser libre está abierto al mundo y puede aceptar con toda libertad los límites y determinaciones que sobre su apertura personal sobrevienen. Merced a su libertad puede, por tanto, aceptar e incluso elegir el no hacer uso de su poder, en ésta o aquella dimensión. La abstinencia sexual deviene un factor etiológico de la neurosis, cuando no es tal abstinencia, sino cuando esta abstinencia es imposible, bien porque no pueden embriagarse esos impulsos desde lo unitario de la personalidad, o tal vez porque tampoco necesitan de ningún embridamiento, ya que desde su origen están torcidos, agónicos o debilitados.

Por eso, considero que debiera reservarse el término de abstinencia sexual, para significar aquellos casos en que, primero, el hombre equilibrado escoge libremente prescindir de ejercer el amor carnal, y, segundo, esa elección tiene sentido y es requerida por la dedicación apasionada a otras exigencias que la justifiquen. Quiere esto decir que la abstención debe estar justificada por algún motivo que la haga comprensible, con tal que pueda vivirse sin ningún quebranto de la

personalidad. Una y otra condición se dan cuando rehusamos la precipitación en el egocentrismo. Las crisis ególatras, más pronto o más tarde, hacen resonar sus sonos desacompañados en la instintividad.

Por eso es inadmisibles que algunos confundan la sexualidad con un camino al servicio de la autoafirmación personal, como un medio simplón de autoliberación frente a las frustraciones que nunca faltan en la vida cotidiana, o como una forma de complementariedad de la estructura finita y contingente en que consiste nuestra existencia personal.

Quienes así piensan hacen de la sexualidad un instrumento cosificado al servicio de una personalidad mediocre, infantilizada e incompleta. En absoluto prueban, al mantener esos equivocados argumentos, que la personalidad humana para su perfeccionamiento necesite ser completada con la actividad sexual. Más bien prueban lo contrario: que la sexualidad puede degradarse y viciarse por el hombre que busca en ella un refugio donde esconder la inmadurez y el empobrecimiento de su deforme personalidad.

Todavía más: la búsqueda incontrolada e imperiosa de satisfacción sexual es más una prueba de la deformación de la personalidad que de su incompletitud. Es falso, pues, que la personalidad humana se complete, acabe y perfeccione en la medida que satisface sus impulsos libidinosos. De ordinario sucede que el ser más indigente coincide con el ser más necesitado. De ser ciertas estas hipótesis sobre el papel de la sexualidad en el perfeccionamiento y acabamiento de la personalidad humana, resultaría que el ser más perfecto coincidiría con el ser más necesitado, cuestión errónea desde cualquier perspectiva que se la considere.

En líneas generales sucede lo contrario a lo que sostienen estos autores. La sexualidad planificada es vivida por el hombre cuando su personalidad está más acabada y madura.

A mayor inmadurez de la personalidad, suele corresponder una actividad sexual degradada y menos humanizada.

Quien hace de la sexualidad la enseña de su autoliberación, está proclamando el estado menesteroso de su condición, además de lo erróneo de su postura.

En primer lugar, porque reconoce que para autoliberarse necesita de alguien que no sea él, que satisfaga sus necesidades. De ahí que el término *autoliberación* es equívoco, contradictorio y está tomado por el de *heteroliberación* al que suplanta. En segundo lugar, porque la sexualidad en esta perspectiva se considera como algo que no tiene en sí un sentido que la justifique. La sexualidad es entonces mediatizada en tanto que se doblga como un útil instrumento al servicio de fines que le son ajenos y extraños.

En tercer lugar, porque si la sexualidad es lo que tiene capacidad liberadora, se patentiza de este modo como una necesidad de medio para conseguir aquella liberación. Pero en tanto que necesidad, el medio más que liberación sexual es esclavitud sexual.

En cuarto lugar, porque en el compromiso sexual humano la persona se autolibera en la medida y en el grado en que se entrega al otro. No porque necesite del otro para liberarse, sino porque el otro necesite de él, la liberación que éste hace mediante su entregamiento es lo que libremente dona.

Es decir, si se toma como punto de partida para explicar la personalidad el modelo del *homo necessitudinis*, la sexualidad se muestra como la mayor esclavitud del hombre.

Por el contrario, si se entiende dentro de las coordenadas de la antropología realista, la sexualidad es un modo más —importante, pero no el único ni el más importante—, a través del cual la personalidad se abre al mundo en su entregamiento y donación gratuita al otro.

Sólo cuando la sexualidad es ejercida como una entrega de la personalidad toda, precisamente por car-

ne de esa misma donación gratuita, se obtiene la autoliberación personal, es decir, se recobra una personalidad enriquecida.

Pero es el caso que para que la sexualidad libere, como hemos dicho con anterioridad, debe, además de entregarse ella misma sin ninguna restricción, hacerse acompañar de esa entrega de toda la personalidad; arrastrar a la personalidad con ella al compromiso.

Requisito éste que no es necesario en el caso de que sea la personalidad la que deba entregarse por completo a determinado servicio.

Mientras que lo inferior queda plenificado en la medida que embraza consigo a lo superior, lo superior no necesita de su asociación con lo inferior para alcanzar su plenitud, y ello porque en algún modo lo inferior está asumido desde lo superior.

Por eso, mientras que la plena realización de la personalidad no necesita de la actividad sexual, y puede llevarse a cabo en la continencia, en cambio, la actuación de la sexualidad, para ejercerse de forma plenificada, sí que necesita acompañarse de la personalidad en la plenitud.

Es, pues, desde la personalidad desde donde se completa la sexualidad humana, y no al contrario. Subvertir este orden supondría sentar las bases para la construcción de una sexualidad humana degradada, fronteriza, casi con lo psicopatológico.

En consecuencia, no es la sexualidad la que completa a la personalidad, sino ésta la que perfecciona y da sentido a aquélla, y la eleva a la condición superior de la mera pasión vanal.

También la sexualidad en el hombre ha de ser una sexualidad personalizada. Y esto a pesar de que los slogans que cabalgan sobre las crestas de las modernas olas de las modas de nuestro tiempo sugieran lo contrario.

A este respecto el espíritu de los tiempos modernos es cualquier cosa menos espíritu. Podría decirse que *der Zeitgeist ist Kein Geist*. Y en lo que a los «tiem-

pos modernos» atañe —ese instante presente que apenas se pronuncia ya no es presente, sino pasado—, ahí están esa multitud de experiencias, acrisoladas en el amontonamiento de las cimas del tiempo a nuestro alrededor, que pregonan lo contrario.

Ninguno de los anteriores argumentos pueden legitimar el intentar hacer de la superficie de la tierra una eroteca institucionalizada.

El estallido de las aberraciones sexuales ha hecho del impulso —que es teleológico y unitario por naturaleza— un mosaico fragmentario y agónico, cuya reconstrucción en algunos casos parece poco menos que imposible. Tanto se ha desintegrado la sexualidad humana —una especie de esquizofrenia instintiva— y tanto se la ha vaciado de su verdadero sentido, que apenas si nos sorprendemos ya de verla acuñada en expresiones contradictorias como, por ejemplo, «amor anónimo»<sup>30</sup>. ¡Cómo si el amor pudiera desprenderse de su condición personalizada! Quien aspire a instalarse en la realidad a que estamos vocados —«animal de realidades» llamó Zubiri al hombre—, también en la realidad sexual ha de habérselas con la búsqueda del sentido. Tal sentido sólo se alcanzará desde la óptica integradora y personalizada de una antropología coherente y unitaria.

### 3. Corporalidad, espiritualidad y sexualidad

Tres son los factores psicobiológicos concurrentes en la edificación de la sexualidad humana.

En primer lugar, los presupuestos que podrían denominarse biológico-tendenciales. En una antropología unitaria y realista no se puede ignorar o desatender a estos aspectos. Hay en toda persona un sustrato orgánico que hace posible el ejercicio del sexo. Y ese

<sup>30</sup> Título de una película que se ha exhibido en algunas salas de proyección de nuestro país.

sustrato en ninguna manera es accidental: en absoluto constituye un resto atávico de la evolución de las especies.

Cada órgano tiene una función, previsivamente ordenada por otros sistemas, como las hormonas, y las aferencias-eferencias sensitivas y nerviosas, imposibles de escamotear. Por este costado la sexualidad humana recuerda —sólo recuerda— la instintividad animal. Cualquier traición que se haga a estos factores biológicos, más pronto o más tarde, habrá de abonarse —no sin un costoso riesgo— en la propia cuenta de la salud psíquica y corporal. Y es que la sexualidad humana —también animal— es una realidad encarnada. Nuestro cuerpo está naturalmente construido según una condición sexualizada, que enriqueciéndolo hace distinto al varón de la hembra. La corporalidad es el primer elemento posibilitador —a través de los dispositivos de que ya tratamos— de este tipo de funciones. Probablemente no puede haber sexualidad sin cuerpo —de ahí la contradicción, por ejemplo, de la pornografía—, ni cuerpo humano sin sexualidad (la patología de los estados intersexuales es, sobre todo, eso: una patología. Pero, a pesar de lo patológico, el cuerpo de estos enfermos está animado de una caracterización sexual, aunque un tanto atomizada en un mosaicismo no integrado: sexo genético, cromosómico, gonadal, hormonal, etc.).

Siguen en seguida a los presupuestos biológicos los factores afectivos. La necesidad de afecto es algo indefectible a toda persona. Aunque esa necesidad imperiosa pueda ser satisfecha por otros caminos en circunstancias normales, su presencia, sin embargo, sí que es del todo obligada en el acontecer de la relación sexual.

En tercer lugar, los factores cognitivos (espirituales) plenifican esta dimensión humana. El conocimiento refuerza el amor y éste al conocimiento. Hay un compromiso ineludible entre uno y otro, respecto de la persona que se quiere.

Los compromisos biológico, afectivo e intelectual —y las consecuencias que de ellos se derivan— deben ir siempre asociados en el encuentro amoroso. El vínculo entre hombre y mujer se trenza, necesariamente, con estos tres factores, factores que cuando son armónicamente vividos informan y elevan a su plenitud a este tipo de relaciones humanas.

#### A. *La sexualidad mutilada*

Unas y otras versiones de la sexualidad, a las que he aludido más arriba —al acentuar o ignorar éste o aquel esencial aspecto que propiamente le pertenece—, han logrado deformarla.

El estudio sexual pasea con frecuencia por calles y plazas, exhibiendo su grotesca monstruosidad, sin importarle, al parecer, ni poco ni mucho. Esta desproporción se manifiesta también en la vida personal, en la intimidad velada a curiosos y extraños.

A pesar de tantos supuestos adelantos, el hombre de nuestro tiempo continúa debatiéndose entre el angelismo y lo mefistofélico, y mientras se alinea en uno u otro extremo —más en el segundo, por lo general, que en el primero—, el sexo se agrieta, sufre quebranto y se problematiza por momentos.

Un amor conyugal que no se hace acompañar del compromiso de la carne —si es que no existe una razón de orden superior, sobrenatural, por ejemplo, que lo haga legítimo—, a lo más será un amor desencarnado, un angelismo que se puede inscribir en el campo de lo psicopatológico.

Pero también, si falta el afecto y la comprensión que siguen a todo conocimiento —y que también comprometen—, *la sexualidad se tornará vacía*.

Del mismo modo, un compromiso corporal que está libre y voluntariamente impedido —sin que haya graves razones que excepcionalmente así lo aconsejen— para trascenderse en los hijos, no será sino el

pobre compromiso de un descompromiso hueco: el del amor egoísta que se agota en la ruín proposición de «tú para mí y yo para ti», sólo en tanto satisfacemos nuestros bastardos deseos. He aquí una primera forma de sexualidad mutilada. Otras formas de pseudo-encarnación amorosa la encontramos en los cónyuges que rehuyen el compromiso afectivo y cognoscitivo. El marido que apenas se interesa por su mujer, que no habla con ella —queja tan frecuentemente extendida—, que sólo le dedica el tiempo de los breves instantes en que coinciden infrecuentemente a la hora de cenar, tampoco sabe amar. Han degradado el amor al mero ayuntamiento bestial. Con su conducta están proclamando la reducción del sexo a simple abstracción carnal. No hay sexualidad humana en este caso, porque tampoco hay mutuo conocimiento.

La mujer que no tiene detalles con su marido, o el marido que nos es delicado con su mujer, patentizan la tercera forma de amores incompletos en una sexualidad degradada. El hambre de afecto acabará por invertir la relación. Todo hombre y toda mujer, bien constituidos, padecen la necesidad inconmensurable de entregar su vida a algo o a alguien..., y de sentir que esa donación gratuita es aceptada. Mayor alegría tiene quien da que quien recibe. Pero una gran parte de esa alegría —no lo olvidemos— reside precisamente en compartir la satisfacción que deriva de la aceptación, por el otro, de la donación.

Cuando esta respuesta no sucede, la necesidad de dar deviene en necesidad de poseer.

La persona se vuelve entonces sorda a las preguntas que borbotan como un continuo eco en su intimidad: ¿A quién me entregaré? ¿Quién se alegrará de la donación de mi ser?

A orillas de este piélago afectivo crecen ahora hierbas, concretadas en temerosas preguntas, pronunciadas apenas sin ruido de palabras. Es fácil sorprenderse a uno mismo mascullando cuestiones como las

que siguen: ¿cómo podré dominarle?, ¿qué hacer para que no se salga con la suya?

Preguntas éstas que acabarán —si no se les pone pronto remedio— por arruinar la relación dual y teñirla con el sabor amargo de la incomprensión y de la desconfianza.

El amor humano es siempre una realidad encarnada —tanto que en el matrimonio uno y otro cónyuge se refunden y llegan a ser «una sola carne»—, pero al mismo tiempo una realidad de afectos compartidos, de participados conocimientos.

Cuando faltan cualquiera de estos ingredientes el afecto se reduce a deseo degradado y el sexo a carne desvitalizada: mutaciones todas ellas que evidencian una sexualidad deshumanizada.

#### B. *La apertura del límite y el hermetismo de lo ilimitado*

En las líneas precedentes me he referido a la relación amorosa con el término de matrimonio. Esta circunstancia no obedece a algo causal, sino que ha sido querida a propósito. Acontece con relativa frecuencia que en ésta o aquella publicación se rehúsa hablar de matrimonio. En ciertos sectores de la calle hay, además, un relativo ambiente contra la institución matrimonial: algo así como si pesara sobre ella la espada de Damocles, haciendo que sus días estén contados.

Individualmente —bien es verdad que sólo en algunos casos, por lo demás no muy numerosos— se evita a toda costa una valoración positiva del vínculo matrimonial. El contrato entre los esposos se pone en duda en su obligatoriedad definitiva. Se habla de él como de una pesada carga, consecuencia de las influencias ejercidas por las tradiciones, de la que es preciso aligerar las espaldas de los hombres.

El contrato no tiene hoy, al parecer, la fuerza de ayer. Se invocan en su contra razones, aparentemente bien fundadas, que hasta casi resultan convincentes: que una decisión de tanta importancia, por ejemplo, no puede estar fundada sobre los cambiantes sentimientos (por supuesto que no lo está); que el obligar «por toda la vida» parece excesivo, ya que el hombre es un sujeto capaz de rectificar en casi todas sus decisiones; que un matrimonio que no «funciona» hace mucho más daño —si permanece unido— a sus hijos que si se divorcian los progenitores (suenan ahora las razones viscerales invocadoras de la inocencia infantil con ánimo de persuadirnos), y, sobre todo, que tal compromiso no es más que la irracional y rutinaria fuerza de la costumbre que ata al hombre, le oprime y, en consecuencia, le impide la libertad para la auto-realización en el amor.

En definitiva, que esta atadura restringe la vida humana, limitándola y haciéndola hermética. Quienes así argumentan se equivocan de parte a parte. No puedo contestar aquí a cada una de las razonadas excusas, dados los límites naturales de esta colaboración (¡también en las colaboraciones hay límites!). Tal vez en otra ocasión vuelva sobre ellas. Me limitaré, pues, a contestar la última de las razones esgrimidas. Que el vínculo matrimonial debe ser para siempre, parece obvio (a lo más que se puede transigir es a la separación, y ello bajo poderosas razones y perfectamente regulados los derechos y obligaciones de las partes separadas). Hay muchas razones que así lo aconsejan. En primer lugar, las derivadas de los compromisos psicobiológicos, supuestos en las entrañas del convenio interpersonal en que consiste la relación matrimonial. En segundo lugar, porque de este modo se reasegura (hoy todos piensan —y en verdad lo es— que es de justicia el seguro en el trabajo, en la profesión, el seguro de desempleo, etc.) la viabilidad y las necesarias atenciones que la prole exige.

Y, en tercer lugar —considerado el problema de «tejas para abajo»—, porque tal limitación no es sino una apertura. Me explicaré. La libertad humana no es un absoluto. La libertad del hombre es siempre una libertad condicionada —«estamos condicionados», repetimos muchas veces en el lenguaje coloquial—, encarnada, materializada casi en el poso que deja la responsabilidad que sigue a nuestras libres actuaciones. Nadie pensará, seguramente, que el automatismo de la operación de caminar sea menos libre, porque no sometemos a nuestra elección el ejercicio de los músculos que han de ponerse en marcha para dar un paso más. Y, sin embargo, al comenzar nuestro aprendizaje titubeante, sí que fuimos respecto de él más o menos libres.

¿Qué pasaría si un pie tuviera que pedir permiso al otro cada vez que intenta moverse? Pues, entre otras muchas cosas, que jamás llegaríamos a nuestro destino. Más de uno podrá decir que él no fue consultado sobre si deseaba o no aprender a caminar. Probablemente tenga toda la razón en este contraargumento. Pero, ¿no es verdad que el saber caminar es mejor que su contrario? Luego se admitirá que haber sido enseñado a caminar —aun sin nuestro consentimiento— es un bien. Y como la libertad tiende al bien, quien por nosotros tomó la decisión de enseñarnos a caminar cuando pequeños, nos suplió sólo en el ejercicio de la libertad. Nos vivió la libertad. Quiero decir que de haber sido posible el consultarnos, con toda seguridad hubiéramos respondido que sí, y por ello les estamos agradecidos.

¿Qué pasaría si hubieran esperado a consultarnos hasta tener uso de razón, por ejemplo? De seguro que lo consideraríamos, además de una estupidez, un grave daño. Además, ¿no somos acaso libres, a pesar de todo lo aprendido, para dejar de andar, incluso durante toda la vida, si nos lo proponemos?

Desde otra perspectiva, es natural a la condición humana —cualquiera que sean sus circunstancias— el

estar *engagé*, comprometido. Esas personalidades enfirmamente independientes, que apuestan por la huida radical de todo compromiso, también están comprometidas: aunque sólo sea con su postura vital de total descompromiso; un compromiso, al fin y al cabo, que no sirve para nada; o, mejor dicho: sí, que sólo sirve para el empobrecimiento.

El límite del compromiso supone en todo hombre la posibilidad de que surja un horizonte. Se contempla el horizonte en el instante preciso en que nos apercebimos de un límite. Precisamente porque tenemos límites, tenemos también capacidad de horizonte y, con él, la posibilidad de abrir nuestro ser y contemplar asombrados una panorámica distinta, mientras simultáneamente nos trascendemos a nosotros mismos.

Por el contrario, un hombre descomprometido, sin límites, que le aten —si es que ello fuese posible; ¡que no lo es!—, ilimitado..., forzosamente habría de renunciar a su capacidad de horizonte: quedaría encerrado en el amplio hermetismo de lo ilimitado. El compromiso del matrimonio —para toda la vida, indiviso: el corazón entero del uno para el otro— está de acuerdo con la hechura más realista de la naturaleza humana.